

FRANCIA.—LA REGENCIA.

Luis XIV, llamado el Grande; había llevado al último punto la unidad de su gobierno, pero sin darle otro fundamento mas que el arbitrio del monarca, el cual había destruido todos los obstáculos que las antiguas instituciones le oponían. Nada, pues, aseguraba la centralización contra la acción legítima y contra la obra del tiempo; una y otro, en efecto, minaron por su base el magnífico edificio; vino una edad indecorosa en que la intriga y el favor lo dominaron todo, rey, ministros, generales y gobierno; y la política quedó sujeta á cambiar á medida que el rey cambiaba de amantes ó confesores.

Luis había dejado un sobrino de cinco años y medio (1715) y á Felipe, duque de Orleans, como tutor de esta cuna que sobresalía entre tantos féretros. El parlamento, ansioso de protestar contra la nulidad á que Luis XIV lo había reducido, revocó el injurioso testamento en que aquel monarca ponía límites á la autoridad del tutor; halagado por el regente, aprovechando la aurora del nuevo reinado, recobró el derecho de representación, levantó el destierro á muchos que habían sido desterrados por opiniones religiosas, y pensó en llamar también á los hugonotes, deprimiendo asimismo á los bastardos de Luis, legitimados por éste, y declarándolos inhábiles para la sucesión al trono. Del mismo modo el regente parecía querer contrariar en todo la última voluntad de Luis, y los actos de su odio ó de su política fueron aplaudidos por aversión al difunto. Así se enseñaba á la nación á desobedecer y no creer infalibles á los reyes.

De un padre á quien los recelos de Luis XIV habían tenido primero en la ignorancia, y despues alejado de los negocios, nació Felipe de Orleans, inclinado por naturaleza al bien, de elevada inteligencia, de bondad y justicia á toda prueba. Habiendo pasado su primeros cuarenta años sin probabilidad alguna de llegar al poder, tuvo ocasion de conocer á los hombres y las cosas mas de lo que suelen conocerlos los que nacen destinados desde luego para el trono. Hombre de bella y lucida conversacion, tenia siempre una historia ó una anécdota con que recrear á sus oyentes; justo y exacto en las cosas positivas, sin pretensiones, sin arrogancia, habria deseado mas bien que el reino, el mando superior de los ejércitos. Leía rápidamente y tenia buena memoria; pero meditar sobre una cosa le era imposible, siendo mas capaz de adivinar los negocios que de estudiarlos. Desgraciadamente su protector, el abate Guillermo Dubois, lo enseñó á mirar la moral como una preocupacion vulgar, y la religion como una invencion ingeniosa. Por esto, y tambien en odio á las prácticas de los mogigatos, se entregó á un desvergonzado libertinaje, y abrazó por sistema lo que tenían de peores las costumbres corrompidas de aquel tiempo. Rodeado de una grey de libertinos titulados, renovaba

cuantos torpes desórdenes recuerdan las sátiras antiguas; y hermosas mujeres de gracia y viveza extraordinarias se le asociaban en sus orgías, donde todo sentimiento de religion y de piedad doméstica era vilipendiado y ridiculizado. Allí Felipe, para deponer mejor su dignidad de príncipe, olvidaba la de hombre: mas que á ejercitarse en prácticas disolutas, aspiraba á ostentarlas y á inventar las mas estrávas: en los dias mas santos tenia los discursos mas impíos en compañía de las gentes mas escandalosas y con las personas mas desacreditadas; y la duquesa de Berry, su hija, le escudia en esta parte hasta el punto de excitar sospechas de incesto.

En su delirio por novedades, ya se dedicaba á la pintura, trabajando él mismo y formando preciosas colecciones, ya á la química indagando sus secretos y transformaciones; y despues de haber procurado persuadir con libros y discursos de que no existía Dios, queria ver al diablo y hacerle hablar, pasando noches enteras en subterráneos haciendo evocaciones, interrogando el porvenir en un vaso: y todo por variar de ocupacion.

Dubois, cómplice en estos excesos, crecia en el favor del príncipe, recibiendo empleos y pensiones de Francia y de los enemigos de Francia; cínico, repugnante, despreciado, se atrevió á solicitar el arzobispado de Cambray, al cual estaban unidos el título de príncipe del imperio, y lo que es mas importante, la memoria de Fenelon. ¡Y lo obtuvo! Orleans le dijo: ¿dónde hallarás un hombre bastante infame para consentir en consagrarle? Y sin embargo, con ocho millones de oro francés, consiguió del papa hasta que lo nombrase cardenal, cuando hubiera debido arrojarse por completo del santuario; y continuó desempeñando el empleo de primer ministro, encargado de todos los negocios, cuyo conocimiento el regente de bonísima gana le abandonaba.

Este, colocado entre una gloria humillante y gravísimas desgracias, ha sido juzgado quizá con excesiva severidad y denigrado mas de lo que merecia; sin embargo, nadie negará que su regencia fué una época triste de desórdenes deplorables. El tesoro tenia todos los años un déficit de setenta y siete millones de francos, y así se acumuló una deuda de 2062 millones, que hoy serian 3786 si aquellas circunstancias hubieran continuado. Dubois, hallando en ocasiones insuficientes los medios hasta entonces ofrecidos para cubrir el déficit, presentó al regente un hombre, el cual prometia redimir al reino de su deuda, aumentar los ingresos del erario y disminuir los impuestos, creando un valor ficticio que supliese al valor real. Era este hombre Juan Law, escocés, que se jactaba de ser discípulo de Locke y de Newton indignado contra la tiranía que los poseedores de la riqueza muerta ejercian sobre el pueblo que es la riqueza viva. Viendo como el crédito habia mantenido en pié á la Holanda cuando todas las demas naciones yacian en la miseria, con-

cibió una idea exagerada de su poder y de la actividad de su circulacion.

“Haced que abunde el dinero, decia, y crecerán la industria y la prosperidad de las naciones, pudiéndose con él demandar trabajo. A esto se llega por medio de bancos de circulacion, que permiten hacer cuanto dinero se quiera: cualquiera materia capaz de representar valores puede convertirse en dinero, y aun los billetes son todavia mas cómodos que los metales. El crédito individual, esto es, de los banqueros y otros traficantes en numerario, es mortal para la industria, porque los prestamistas codiciosos tiranizan á los trabajadores que necesitan capitales. Al crédito individual es preciso sustituir el crédito del Estado; el soberano debe dar el crédito, no recibirlo.” ¡Palabras insignes de un amigo del pueblo! Decia tambien que un trabajador que ganaba veinte sueldos, era mas preciso que un terreno que rentaba veinte mil francos.

Un honrado negociante, añadia, hace negocios por el décuplo de lo que posee, y saca décupla ventaja: si el Estado atrae á sí todo dinero, ¿qué lucro no hará? Y aquí erraba en no calcular el previsor auxilio del hombre privado y su buena fé; erraba en atribuir al crédito efectos de los cuales no es sino consecuencia.

Propuso, pues, Law al regente la creacion de un banco de descuento, mediante el cual el gobierno disfrutaria el beneficio de todos los monopolios, se facilitarían todas las operaciones del tesoro, y habria dinero suficiente para atender á sus desmesurados gastos. Para la ejecucion de su plan habria sido necesario fundar un banco general y nacional que recaudara todos los ingresos públicos, y usufructuase los privilegios que el gobierno le quisiera conceder; pero no consiguió que se le autorizase mas que para establecer un banco particular de circulacion con su propio dinero y de su cuenta y riesgo (1717). Fundólo con el capital de seis millones de francos, divididos en acciones de cinco mil, las cuales se compraban pagando una cuarta parte en dinero, y las otras tres en billetes del Estado, entonces á precios ínfimos. Comenzando sus operaciones, el banco de Law y compañía, obtuvo el arriendo de la casa de moneda, y despues el de todas las rentas públicas, por cincuenta y dos millones al año, con la condicion de prestar al rey mil doscientos millones al interes del tres por ciento para reembolsar con ellos las rentas perpetuas. La circulacion de los billetes del banco se extendió á toda la Francia, y la demanda creció de tal modo, que muy pronto llegó á ser de doce millones la suma emitida.

Hasta aquí todo iba viento en popa: el banco no complicaba sus operaciones con préstamos, ni comerciaba; solamente se entendia en las provincias con los directores de las casas de moneda; administraba los fondos de

los particulares, descontaba letras, recibia depósitos, y emitia billetes pagaderos á la vista y en moneda inalterable.

El banco de descuento reanimó en un instante el comercio, estinguió la usura, fijó el valor de la moneda, reanudó las relaciones con el extranjero; multiplicadas las riquezas mediante el crédito, y el comercio mediante la circulacion, se rehizo la fortuna pública así como las particulares; formáronse súbitamente muchos capitales, no elevándose sobre la miseria comun, sino sobre el bienestar general; crecieron en tres quintas partes mas las fábricas; una inmensa afluencia de forasteros aumentó el consumo; aspiróse entonces á goces y á lujo; y mientras los particulares se hacian construir palacios y se proveian de carrozas, trajes y manjares esquisitos, se abolian los impuestos sobre los comestibles, se hacia gratuita la instruccion en las universidades, se emprendian obras públicas, se llamaba á muchos que estaban fuera por falta de trabajo, y con la afluencia de tanta gente á Paris, se aceleró la moderna centralización. ¡Que maravilla que invadiesen la Francia una embriaguez y un frenesí por cambiar el oro en papel!

Ya por sí era portentoso aquel organizar en un momento los bancos; hacer correr rios de oro donde al principio no se encontraba dinero al treinta por ciento sobre hipoteca; dar un gran valor á cédulas que anteriormente nadie queria, y suscitar un vivo entusiasmo donde poco tiempo antes reinaba un indolente desaliento.

Queriendo entonces Law formar de los países del Mississipi una rica colonia que laborease sus minas y cultivase sus tierras, todos pretendieron tomar parte en la pingüe especulacion. Paris entero afluía á la calle de Quincampoix, punto de reunion de los agiotistas, y feliz el que podia por dinero contante comprar acciones que luego se vendian hasta por un precio treinta veces mayor que su valor nominal. Nobles, negociantes, señores, todos asediaban desde el amanecer la verja de entrada. Durante el dia se encontraba allí por millones y millares de millones; por la noche costaba trabajo echar fuera á los concurrentes; muchos pernoctaban allí para obtener puestos de los primeros al dia siguiente, y ebrios de esperanza ó trémulos de espanto, seguian el flujo y reflujo de un juego continuo y voraz. Law vendia á razon de treinta mil francos por legua cuadrada los campos de la Luisiana que nadie habia visto, y los compradores mandaban allá colonias para roturarlos, asignando á cada familia doscientas veinte yugadas, dándole gratuitos los aperos y comestibles para un año. Para negociar las acciones era mas cómodo llevar en el bolsillo billetes que oro, por lo cual aquellos se sostuvieron con preferencia á éste. El regente no tenia que cuidarse mas que de emitir acciones, y se procuraba como un favor poderlas obtener de primera mano, para lo cual todos se es-

forzaban en tener por amigo al gobierno. Muy pronto por aquella colonia podría haber tenido la Francia una marina capaz de rivalizar con la de Inglaterra.

A la junta general de accionistas, donde en un solo semestre se repartió un dividendo de siete y medio por ciento, asistieron el regente y los principales señores, reemplazando así la aristocracia del banco á la magestad de la corte de Luis XIV. El regente, lisonjeado con la idea de trasferir la deuda pública á cargo de la compañía, la favoreció menos por ilusion que por cálculo; despreció las representaciones del parlamento, y nombró á Law contador general de hacienda. Entonces no solamente se mandó que los billetes de su banco fuesen recibidos como dinero contante en las arcas públicas, sino que también se declaró á aquel establecimiento banco real, y se pensó en sostenerlo con decretos y prohibiciones. Law, como todos los economistas de su tiempo, creía que la riqueza de un pueblo consistía en la moneda, y que por tanto debía ésta multiplicarse lo más posible; de donde se deducía que no era necesario que hubiese proporcion entre la cantidad de billetes emitida y el capital metálico que garantizase la emisión; porque los billetes, como se decía, y aun se dice por algunos, equivalen á dinero. De aquí fué que se emitieron primero hasta setenta, luego hasta cien, y al fin hasta mil millones. El dividendo de mil setecientos veinte, ascendió á cuarenta por ciento, y las acciones subieron de precio hasta valer diez y veinte mil francos.

Así se corrompia una institucion utilísima: esta relacion del banco regio con la compañía del Mississipi introdujo un asqueroso agiotaje; el regente quiso convertirlo en máquina hacendística, dócil á sus necesidades, en vez de dejarle la independenciam de un establecimiento comercial; Law hubo de caminar de acuerdo con el gobierno en una vía de reciproca complicidad, de momentáneos privilegios, de ruinosos espedientes, sin mirar al porvenir; la prohibicion de hacer pagos en dinero mas allá de seiscientos francos, obligó á tener billetes; el correo dejó de trasportar dinero contante: en fin, se prohibió á todos, á escepcion de los plateros, tener en oro ó plata mas de quinientos francos en efectivo. Así un banco instituido para fomentar la circulacion del dinero, acabó por prohibir el oro y la plata, y alterar la moneda; debía favorecer la libertad, y todas las casas se llenaron de espías para denunciar á los que conservasen dinero; en vez del genio de la industria, se evocó el dominio del agiotaje (1).

Law, que habia proclamado como principio que no podia subsistir el crédito no siendo libre, reclamaba entonces órdenes que lo hicieron obligatorio. Contó demasiado con

(1) De aquí procedió directamente la idea de los asignados en la revolucion francesa.

la moda: ésta es omnipotente en Francia, pero pasa: contó con la asociacion universal en un gobierno de gangrenoso egoismo, que no miraba sino la propia ganancia allí donde Law veia la ventaja comun. Una serie de edictos desastrosos fué mermando cada vez mas el crédito, ya los billetes no valian mas del ochenta y cinco por ciento; veinte mil familias se vieron reducidas á la miseria por enriquecer á nros cuantos estafadores: el pueblo, llevándolo en la mano estos mentidos simbolos de riqueza aniquilada, no podia encontrar pan: ¡qué despertar tan desgraciado para un soñar tan halagüeño!

Law fué destituido y se le dieron guardias para librarlo del furor del pueblo, y que pudiese huir. Los pareceres acerca de este economista están todavía divididos. Erró en creer que la multiplicacion indefinida de las especies que representan la riqueza verdadera, aumentaria indefinidamente la riqueza pública; y que el papel moneda, signo convencional que no tiene valor fuera del Estado, podría reemplazar entera y absolutamente á las especies metálicas, aceptadas por todas las naciones. Pero sus intenciones fueron grandes y benéficas, y aun de la ruina de ellas nacieron resultados mas verdaderos que sus causas. En el agiotaje se confundieron las clases y los partidos; la desigualdad de las condiciones se desvaneció entre la igualdad de la debilidad y de la avaricia; la prodigiosa movilidad de las fortunas rompió el encanto adherido á los nombres aristocráticos; á Law, plebeyo extranjero, se habian prodigado halagos y adulaciones como en otro tiempo al rey, y así se disminuyó la distancia de los grados, se depusieron muchas preocupaciones feudales; la riqueza se desvinculó del terreno para emplearse en la industria, y así florecieron las manufacturas para satisfacer el lujo increíble de los ricos improvisados; la propiedad comenzó á desmenuzarse, y los nuevos poseedores cultivaron la tierra con mas ardor y con la facilidad que les daban los capitales: penetró en fin en el pueblo el espíritu de empresas, y se conoció el poder de la asociacion. Las que mas se aprovecharon de estas ventajas fueron las provincias interiores de Francia, atrasadas en civilizacion, donde el dinero al principio no tenia valor, ni salida las producciones de la tierra, donde el comercio era nulo, y difícil la esacion de los impuestos.

Eran éstos frutos que el tiempo debía madurar; pero entre tanto la Francia se encontraba con un aumento de deuda que hacia subir ésta á dos mil cuatrocientos millones de francos, habiéndose ademas acrecentado el descontento y héchose mas difícil la posicion del regente, el cual bajamente solicitaba la alianza de Inglaterra á costa del sacrificio de la marina francesa.

Luis XV.

En tanto Luis XV crecia entre los terrores del veneno y bajo la severa direccion del obispo Fleury en quien habia depositado su amor y confianza. Declarado que fué mayor de edad, Orleans se retiró á gozar de los placeres; y Dubois quedó en el ministerio, donde lo sorprendió la muerte, falleciendo sin querer recibir los sacramentos. Sucedióle el duque de Orleans, pero en breve murió también entre los brazos de su última amante, dejando el puesto al duque de Borbon, hombre tan escaso de talento como avaro y vengativo, dominado por favoritos y mujeres, especialmente por Madama de Prie, que se habia entregado á él por motivos menos escusables que el amor y la ambicion. Tales eran los ministros de Francia, pero mucho mejor fué el cardenal Fleury, sugeto honrado y desinteresado en una corte corrompísimma, todo urbanidad digna y mesurada, severo en el traje, dueño de sus pasiones, religioso. Económico sin grandeza, administró el reino como una familia; prudente sin genio, enemigo de todo lujo del espíritu, no puede ser comparado ni con Richelieu, ni con Mazarino; pero viniendo despues de una serie de dilapidadores, dilapidó parte de sus bienes propios: y su ministerio se puede comparar al letargo que un médico procura al enfermo agravado, que le restaura las fuerzas para sostener un nuevo acceso. Fleury supo lograr mucho con pocos medios; conservó la paz por economía, disminuyendo el ejército, y aumentó sin embargo la influencia francesa. En la guerra de Polonia adquirió para la Francia la Lorena que habia llegado á ser necesaria á su pais despues de la posesion de la Alsacia, y cuya adquisicion ponía á Paris á cubierto de una sorpresa: por último unió á la Francia la Córcega que despues debía darle un amo.

No se habian hallado bien nunca los corsos con el yugo de Génova, y el odio que les hacia volver las armas unos contra otros, se acrecentaba cuando tenian que habérselas con los genoveses, considerados como enemigos comunes. Estos por su parte los miraron siempre como colonos, sin cuidarse de educarlos. Sublevados en 1729, y habiéndose puesto á su cabeza Andres Cecaldi y Luis Giafferi, espulsaron á los genoveses. Estos recurrieron á Carlos VI que envió tropas á la isla; pero los corsos mataron hasta mil en una sola accion, y Carlos entonces hubo de tomar el papel de conciliador, ofreciéndoles la impunidad siempre que se fiasen de la conocida clemencia austriaca. Mas apenas depusieron las armas bajo la garantía de amplias condiciones, Austria entregó varios de los gefes á Génova, publicó una nueva amnistia, y restableció una forma de gobierno mas libre, pero no garantida y por tanto ilusoria. Los corsos, resueltos ya á conquistar su independenciam, levantaron la cabeza y proclamar no la república bajo la proteccion

de la Virgen de la Concepcion, nombrando generales y primados á Giafferi y Jacinto Paoli.

Teodoro, baron de Neuhoff, noble westfaliano, habiéndose lanzado á las aventuras, vino á buscarlas á Córcega: era hombre de cuarenta años, de gentil presencia y buenos modales; habia estado al servicio de los Estuardos en el desembarco en Inglaterra, al de Alberoni en sus intrigas, al de Law en su banco donde vió acumularse y disiparse los tesoros con mágica rapidez. Residente en Florencia, nombrado por Carlos VI, entró en inteligencia con varios corsos, á quienes habia conocido estando preso por deudas en Génova. Despues de haber buscado en vano en varias cortes subsidios para la Córcega, obtuvo de la regencia de Túnez un bajel, cuatro mil fusiles y mil seqües, los cuales, los zapatos de cuero que llevó y las amplísimas promesas que hizo, indujeron á los corsos á confiarle el poder. Titulóse Teodoro primero (1736) por la gracia de la Santísima Trinidad y por eleccion de varios y gloriosísimos libertadores de la patria, rey de Córcega; batió moneda, instituyó la orden de la Redencion, é hizo animosamente la guerra á Génova. Disipados, sin embargo, el poco dinero y las ilusiones, propuso salir á buscar socorros; preso en Holanda por deudas, con promesas de ventajas comerciales indujo á una compañía de negociantes hebreos á libertarlo y darle cinco millones, con los cuales equipó una flotilla y volvió. Los genoveses, viéndose á punto de perder la isla, trataron con Francia, la cual temiendo que Inglaterra ó España se apoderasen de ella, se concertó con Viena y envió tropas para restablecer la paz. Entonces huyó el rey Teodoro y murió en la miseria en Londres, donde su epitafio recuerda cómo *la fortuna le dió un reino y le negó un pedazo de pan.*

No tardaron los corsos en sublevarse y en aclamar por gefe á Pascual Paoli, que merecia su confianza (1755), el cual dirigió con fortuna los negocios de la guerra y restauró el país. Ya no ondeaba el estandarte de San Jorge mas que sobre las fortalezas de Bastia, San Florencio, Calvi, Algayola y Ajaccio, y las naves corsas molestaban continuamente el comercio de los genoveses; entonces éstos no vieron mas remedio para no perderlo todo que ceder sus derechos á Francia, como lo hicieron en el tratado de Compiègne (15 de Mayo de 1768,) á pretexto de hipoteca por la suma que le debian, pero en realidad recibieron el precio de cuarenta millones de libras tornesas, ademas de serles garantizado el dominio de Crapaya y de las posesiones en tierra firme.

Tan vil mercado irritó á los corsos, que animados por Paoli, se prepararon para mostrar que eran hombres y no bestias sacadas á la venta; y muchos millares de soldados y treinta millones de francos costó á la Francia la primera campaña, en la cual combatieron de una parte el heroismo y la discipli-

na, y de la otra la desesperacion y el perfecto conocimiento del terreno. Ante los redoblados esfuerzos de los franceses, los isleños, desesperados de obtener el cumplimiento de las promesas que les habia hecho la Gran Bretaña, se sometieron; Paoli buscó asilo en Inglaterra, y los que no quisieron sufrir el yugo se convirtieron en salteadores que por espacio de veinte años hicieron insegura y peligrosa la residencia en aquella posesion.

Así adquirió la Francia á costa de mucha sangre y de setenta millones una isla de ningún producto, pero de grandísima importancia para la seguridad de las costas de la Provenza y de su comercio en el Mediterráneo.

En el interior la Francia se sentía atormentada é inquieta. Luis XIV habia publicado cincuenta y una leyes contra los protestantes, todas anteriores á la revocacion del edicto de Nantes. A su muerte, muchos volvieron á la patria y trataron de restablecer las asambleas; pero algunos magistrados que conservaban la antigua intolerancia, pretendieron quitarles los hijos para educarlos en el culto católico, y despues un edicto renovó los antiguos rigores prohibiendo todo otro culto bajo la pena de galeras para los hombres, de prision perpétua para las mujeres, y de confiscacion de bienes para todos. Con esto emigraron muchos, por lo cual la ley, tenida ya por todos como inoportuna, fué cayendo en olvido, siendo su solos frutos primero el odio y luego el desprecio. Mas tarde se la quiso restablecer, cuando la incredulidad descarada de la corte la hacia todavía menos excusable. Dos hechos llamaron principalmente la atencion entonces: Juan Fabre halló medio de pasar siete años en el presidio en lugar de su padre, condenado á él por haber asistido á un sermón protestante. Juan Calas, acusado de haber dado muerte á su propio hijo porque se inclinaba al catolicismo, fué condenado á muerte por el parlamento de Tolosa, fundándose la sentencia en pruebas absurdas: Voltaire fué á la sazón el órgano de la indignacion pública, y se revocó la sentencia..... tres años despues de haber sido ejecutada.

Luis XV era unó de los hombres mas hermosos de su tiempo, vivo de espíritu, recto de entendimiento, aunque tímido y débil, tanto por su niñez enfermiza, cuanto por haberse criado entre las ceremonias de corte. Dominado desde la infancia de una loca pasion á la caza, consumia en este ejercicio el dia entero, terminándolo con cenas de desastrosa profusion. Habiendo cultivado muy poco su talento, no se hallaba bien entre personas cultas, en tiempo en que la cultura se iba haciendo universal, y preferia la conversacion de los jóvenes. Ahora bien, la juventud se habia pervertido con los ejemplos de la regencia, y no habia hecho poco el cardenal Fleury con obtener que se dejara

de llevar en triunfo la corrupcion de las costumbres.

Diéronle por esposa á Maria Leszczinska, hija del destronado rey de Polonia, el cual en las desgracias se consolaba con la filosofía, que enseña á desafiarlas, y con la religion, que nos lleva al punto de bendecirlas. Maria, criada entre virtudes domésticas, era un ángel de bondad, pero no inspiró amor á su marido; y aunque con su condescendencia, su dulzura, su virtud, con darle un hijo todos los años conservó su estimacion y su respeto, expio el honor de ser reina con veintidos años de pesares. Al principio no le agradaban á Luis otras mujeres, y cuando le alababan alguna famosa, preguntaba: *¿Es acaso mas hermosa que la reina?* Sin embargo los cortesanos se obstinaban en darle una amiga, esperando dominarlo por medio del vicio, como Fleury lo dominaba con la virtud; y poniendo en juego las mas artificiosas seducciones, consiguieron separarlo de los deberes conyugales. Probada una vez la copa, Luis se embriagó. Sus relaciones sucesivas y casi contemporáneas con cinco hermanas de la casa de Nesde, escandalizaron á aquella corte corruptísima, é hicieron que fuese objeto de vituperio aquello que ya no era sino objeto de desprecio.

A la muerte de Fleury (1743), Luis no quiso nombrar otro ministro, y dejó la direccion de todos los negocios á la duquesa de Chateauroux, á la sazón su favoritita. Esta, inspirándole varonil vergüenza, ya que no otra cosa, lo indujo á ponerse en persona á la cabeza del ejército de Flandes; pero tanto como el pueblo se alegró de ver de nuevo un rey guerrero, otro tanto se escandalizó al ver que le acompañaba su amante omnipotente. Llegó despues el rey á caer enfermo; los eclesiásticos le muestran el escándalo de aquel doble adulterio y la indecencia de que el nieto de San Luis muera en brazos de una cortesana, con lo cual inducen á despedir á la concubina y recibir á la reina. Esta volvió á los brazos del arrepentido esposo, y como sanase, el pueblo que lo creía tambien curado del alma, lo intituló el Bien amado.

¡Mas ha! pronto recayó en los lazos antiguos y la duquesa le concedió su perdón con la condicion de castigar á los que contra ella le habian dado consejos. Sucedióla á su muerte la marquesa de Pompadour, hija de un carnicero, mujer de las mas amables y de las mas corrompidas, cuyo imperio sobrevivió al amor. Incapaz de fuertes y grandes combinaciones, poseía sin embargo la Pompadour recursos para todos los momentos; libraba á Luis de dos de sus males mas graves, el tedio y los negocios; queria saber todo lo que pasaba para tener que contar al rey, ridiculizan, elevando ó deprimiendo rutores, magistrados, ó diplomáticos. Favoreció las artes y todo lo que podia alegrar ó distraer al monarca y ennoblecer la Francia; se oodeó de gentes de mérito y adictas á su persona, y se formó una escogidísima biblio-

teca. Del tesoro disponia por medio de billetes á la vista con la simple firma del rey y sin dar cuenta de la distribucion que hacia del dinero (1). Por este medio favoreció á los ingenios nacientes, sostuvo á los medianos, necesitados de proteccion que los grandes se desdeñaban de darles, y socorrió á pobres y huérfanos aparentando filosofía y filantropía. Cuando el parto de la delfina, hizo que en lugar de otros festejos, el rey dotase seiscientas doncellas; á muchas dotaba ella sobre las rentas de sus tierras, y á otras muchas los cortesanos por imitacion.

Cuando sintió disiparse el encanto de sus atractivos, proporcionó ella misma amigas pasajeras al rey, y dirigió la lubricidad de aquel, de quien amaba el poder no la persona. El Parque de los Ciervos era un recinto poblado de elegantes casitas, con jóvenes destinadas á los placeres del rey. Para proveerlo se turbaba la paz de las familias mas virtuosas; se preparaban seducciones de años enteros al pudor y á la fidelidad; se educaban niñas que á su tiempo debian dejar su primera flor en brazos del monarca, y algunas tuvieron la desventura de apasionarse de aquel miserable; despues se despedian todas enriquecidas y viciadas; casábanse algunas á pesar de llevar en su seno pruebas de su fecundidad; pero generalmente una querida del rey pasaba al lupanar, y un hijo del rey al hospicio ó á las plazas.

Cien millones de francos costó al pais este harem de un rey cristianísimo, escandaloso aun despues de las cenas del regente. No pudiendo emularlo, los cortesanos se entregaban desenfrenadamente al vicio y al juego: los hechos importantes de la corte eran censurar la mala disposicion de una fiesta dada por la Pompadour, el grave escándalo de haber admitido el rey á su mesa al hermano de su querida, y la lúbrica historia de las nuevas víctimas reales.

Entre tanto aquella prostituta con título dirigia á su antojo un gobierno, cuya ineptitud é impericia eran cada dia mas manifiestas: y firme en sus resoluciones, exacta en sus ideas sobre la política interior y exterior, dominó á los ministros y á los generales en los veinte años que duró su imperio. La emperatriz Maria Teresa, hallándose en gran necesidad, no se desdeñó de escribirle familiarmente, de lo cual ella lisonjeada hizo que en el tratado de Versalles se estrechase con Austria una liga absurda y odiada de la nacion. Para firmar aquel tratado nombró ministro de negocios extranjeros al abate de Bernis; y viendo que éste, hechura suya, no cesaba de oponerse á una guerra contraria á los intereses de Francia, lo substituyó con el duque de Choiseul, poniendo

(1) Los pagarés á la vista (*acquits de comptant*) en tiempo de Luis XIV ascendieron á diez millones al año: en tiempo de Luis XV en solo un año importaron hasta ciento ochenta millones.

en el ministerio de la guerra á Fouquet, los cuales reanudaron la alianza con la emperatriz: alianza desastrosa para el pais, que despues de inmensos sacrificios perdió el Canadá, el cabo Breton y la Luisiana al Este de Mississipi, el resto de cuyo territorio con el de Nueva-Orleans hubo de ceder á España para compensarla de la pérdida de las Floridas.

Luis XV creia como su abuelo, que los reyes tenian algo de superiores aun á los ojos de Dios: habiendo una vez amenazado con el infierno á Choiseul, y contestándole este que otro tanto le esperaba á él, repuso: *“En cuanto á mí, la cosa es muy diversa: ya soy el ungido del Señor.”* Creia que sosteniendo la religion católica, todas sus faltas le serian perdonadas, y lo que le indujo á la alianza con Austria fué la esperanza de destruir el protestantismo destruyendo la Prusia.

Aburrido á los treinta años, no buscaba los placeres sino como un medio de huir del tedio y de la santidad. Incapaz de ejercer un poder legítimo, necesitaba una autoridad absoluta y ostentaba sus formas, pero le faltaba la firme voluntad. En ocasiones gobernó sin ministros, y siempre tuvo el mal gusto de mantener correspondencia secreta con sus propios embajadores en las cortes extranjeras, enviando ademas secretamente agentes particulares y espías, los cuales y los ministros debian darle noticias con franqueza mayor de la que solia usarse en las comunicaciones oficiales. A este innoble modo de saber la verdad unia la debilidad de no saber aprovecharse de ella, dejando que su consejo adoptase disposiciones que no habria adoptado á serle conocidos los hechos de que el rey tenia noticia.

Las guerra, de que era causa una política dirigida por sus amantes, y los gastos ignominiosos de la corte, tenian arruinado el erario, por lo cual fué menester imponer nuevas contribuciones y hacerlas aceptar por los parlamentos provinciales, disolviéndolos en caso de resistencia. Esto esparció el terror; opusieronse á este golpe los privilegios que abatía, reclamose haciendo presente la miseria del pais, mas no se paraba mientes en ello y continuaban las disposiciones dirigidas á llenar las arcas del tesoro, disposiciones con frecuencia arbitrarias y de mala fé, siempre insuficientes. Los ingenios despertados por Law estudiaban la naturaleza de las riquezas, y proclamábanse teorías dirigidas á abolir la guerra, el ocio, la pobreza, la opresion. Las principales de estas teorías fueron la del doctor Quesnay y la del administrador Vicente de Gournay, los cuales designaban como único origen de las riquezas, el uno la agricultura, el otro la industria. Por tanto, Quesnay hallaba injusto el sistema fiscal que cien veces abrumaba al propietario y al labrador impidiendo la circulacion y la esportacion de granos, y proclamaba la reduccion de todos los impuestos á una contribucion única sobre el produc-

to neto de las tierras. Gournay, analizando mejor, demostró cómo se dan la mano los diversos géneros de industria, y no reclamaba sino que el gobierno no pusiese obstáculos, repitiendo: *dejad hacer, dejad pasar*. Ambos sistemas tendían á obtener la libertad, y que el rey robusteciese su poder uniéndose al pueblo, considerando como nación á los poseedores y como bien nacional el bien de los vecinos países, unidos fraternalmente en la industria.

El rey sin embargo entendía muy mal estas teorías y las aplicaba peor. Para secundar las miras de los fisiócratas, y restaurar la envilecida marina, se permitió la extracción de granos de ciertos puertos en buques franceses, declarándose que este comercio no derogaría la nobleza; pero el fraude aprovechó la ocasión; buques extranjeros dejaron de un golpe exhaustos los almacenes, y fué forzoso suspender la providencia que quedó desacreditada por su mala aplicación.

Entre tales desórdenes se mostraba osada la incredulidad adornándose con el nombre de libre examen, y ya sobre este punto aparecían insinuaciones en algunas disposiciones del gobierno. Mientras los filósofos proclamaban que todos los ciudadanos debían contribuir igualmente á las cargas públicas, las deudas del Estado convidaban á abolir los conventos para apropiarse sus bienes. Con edictos de corte y decisiones de Parlamento quisieron sostener cuestiones interiores sobre puntos de fé que la iglesia abandonaba á la discusión. Los decretos que atacaban á la libertad de las conciencias parecían tiránicos, y como en otro tiempo los protestantes, ahora la mitad de los católicos se separaron de la corte. Los liberales, que entonces empezaban á ser de moda, se jactaban de resistir al gobierno, y todas las clases del Estado andaban desordenadas aspirando cada una por su parte á la independencia. Una secta no pone en la mano el puñal; pero cuando se ha declarado contra el poder, acusándolo de malvado, de homicida y de tirano, siempre hay alguno de lógica absoluta, que va derecho á las consecuencias. Así, pues, mientras de todas partes se gritaba contra el tirano, un tal Roberto Francisco Damiens pensó librar á la tierra del monstruo. Su puñal apenas rozó el cútis de Luis, pero el pueblo y hasta las mujeres asistieron con grande algazara al suplicio del regicida, que fué de los mas atroces; y Luis fué mas querido de aquella nación, eminentemente monárquica, y habituada á mirar como de familia los placeres y los dolores de la corte. El parlamento también se reconcilió con el rey, y este revocó los edictos que mas habían desagradado á aquella asamblea, y sacrificó á los jesuitas.

La vida arregladísima del delín lo hacia el blanco de las burlas de la corte y de las esperanzas del pueblo; pero murió á los treinta y seis años, y á poco le siguieron á

la tumba su esposa y su madre, y la misma Pompadour, que hasta en el lecho de muerte pretendió ocultar su enfermedad bajo los afeites y la firmeza de espíritu. Los literatos la compadecieron, Luis la olvidó, el pueblo la maldijo y esperó.

Heredó su omnipotencia Choiseul, y su infame título una mozueta de precoz prostitución, la cual con refinamiento de burdel reanimaba la sexagenaria lubricidad de Luis. La Lange, que así se llamaba esta mozueta, halló un conde de Barry, que le dió su mano y sus títulos, y por consecuencia los honores de corte, y mantuvo su predominio, no con inspirar respeto é interés, sino con bajas familiaridades, no apelando ni al pudor ni á la educación para hermostrar el deleite. En vano las canciones y los libelos, templeamiento de aquella monarquía absoluta, recordaban al rey sus cien predecesores: aquella alma enervada, que no tenía otro valor que el del escándalo, quiso absolutamente que la de Barry fuese presentada en la corte, y de ser por ella admitidos ó no, llegaron á depender el ministerio, el equilibrio europeo, y la suerte de las colonias americanas.

Perdónesenos si la verdad histórica nos obliga á manchar la narración en la descripción de una política y unas costumbres, que forman tan asqueroso conjunto. En esta monarquía, despreciable por su inmoralidad, odiosa por sus dilapidaciones y por sus bajas especulaciones sobre la miseria pública, tremenda por la policía secreta y los golpes de Estado, ¡qué extraño que progresase la revolución!

Choiseul, ministro brillante, que aspiraba á reformas útiles y vigilaba los progresos de las potencias europeas, no supo doblegarse ante la nueva favorita, fuese por dignidad, fuese por despecho de no haber podido reemplazarla con una hermana suya, y acaso instigó al parlamento en la nueva guerra que rompió con el rey. Dicen que la de Barry hizo poner en su gabinete el retrato de Carlos I huyendo de sus perseguidores, cuadro pintado por Wanduyck, y cuando el rey entró, le dijo: *La Francia* [este título le daba, á ejemplo de los que suelen darse á los criados], *mírate en ese espejo: si dejas tomar vuelo al Parlamento, te hará cortar la cabeza como el de Inglaterra á Carlos I*. Por tanto Choiseul fué destituido; y aunque el pueblo no le amaba, bastó su desgracia para que lloviesen sobre él demostraciones de interés y casi de idolatría: su retrato estaba en todas partes: todos pedían permiso para ir á Chanteloup, donde estaba desterrado, para desinfectarse á su lado, decían, del aire pestilente de Versalles: ¡cosa insólita, hacer la corte á la desgracia!

Ocupó su puesto el duque de Aiguillon, sobrino segundo de Richelieu, afortunado rival del rey en los favores prodigados de la de Barry, é instrumento de esta para derribar á Choiseul. Terray, contador general,

acudió á mil espedientes para reanimar la hacienda, y reduciendo las rentas, disminuyó en trece millones anuales los intereses de la deuda pública, que sin embargo ascendían aún á sesenta y tres millones: el déficit anual no pasaba de veinticinco millones, pero llegaba á ciento veinte y ciento treinta cuando Luis subió al trono.

Viendo el rey progresar el espíritu público, en vez de guiarlo, declaró inevitable el cambio, y se encerró en su egoísmo: sentía hundirse la monarquía, pero creyó que duraría tanto como él: lo que viniese después no le importaba. Cuando murió de viruelas, su capellan declaró: "que bien que el rey no debiese cuenta de su conducta sino á Dios, sentía haber dado escándalo á sus súbditos y declaraba que no quería vivir mas que para sostener la religión y hacer el bien de los pueblos." Así hasta un deber de humildad cristiana se convertía en acto de soberbia importante en aquella monarquía, que al desahacerse protestaba de su omnipotencia.

COSTUMBRES.

Ya en tiempo de Luis XIV se habían relajado las costumbres, no obstante la senil austeridad del rey, el cual no castigaba los excesos por miedo de causar escándalo. En un país que se modelaba por la corte, fueron contagiosos los ejemplos del regente. ¡Quién habría podido calcular los gastos, donde en la compra de un diamante se prodigaban los tesoros que reclamaban las necesidades públicas? ¡Quién habría osado mostrarse sobrio y casto entre las cenas de la regencia? Hasta los cortesanos sin pasiones hacían gala entonces de desorden y corrupción, y mostrarse ebrios cuando el príncipe se tambaleaba; la disolución se había hecho de moda; y aun los hombres menos apasionados se daban el aire de disolutos, insinuándose en la sociedad un libertinaje culto y sistemático en que la vanidad tenía mas parte que los sentidos.

El palacio del regente servía de asilo contra las leyes que prohibían el juego, el cual llevaba allí sus goces febriles. La princesa de Valois, de diez y ocho años de edad, y destinada á casarse con el duque de Módena, marchó á unirse con su esposo precedida de jugadores, pasando las noches en el juego y los días en el sueño; los principales personajes acudían á jugar difundiéndose la embriaguez del juego en las provincias. Así se formó una clase particular de gente, la de los caballeros de industria, que vivían como grandes señores y como libertinos, sin otros medios sino los que les ofrecían las estafas y el garito. El gobierno no pudiendo impedirlo, pensó vigilar el juego y autorizó ocho academias por doscientos mil francos, que destinó al socorro de los pobres vergonzantes.

Las casas de placer que aparecieron por primera vez en tiempo del gran rey, se mul-

tiplicaron luego, donde los señores en la familiaridad se desquitaban de la forzada circunspección que se veían obligados á guardar en palacio. Comenzaron los hombres á avergonzarse de la felicidad doméstica y de presentarse en público con sus mujeres: una necesidad peligrosa de granjearse y conservar amigos introdujo los cortejos; y en los contratos de bodas se llegó á estipular que la mujer no sería obligada á vivir con el marido en sus tierras.

Nueva sacudida dió á las costumbres el banco de Law por la rapidez con que muchos se enriquecieron y otros muchos se empobrecieron. Las casacas galoneadas se hallaron entonces en contacto con el sayal; la púrpura de los prelados con la cola del traje de las prostitutas en el hervor de la codicia; y las codicias económicas difundiendo se quitaron al comercio aquella marca de degradación que hasta entonces había llevado. Hizose el lujo mas ingenioso, pero frívolo y efímero: las vastísimas galerías cedieron el puesto á gabinetes acomodados para el estudio y los placeres secretos; las artes presentaban escenas, no ya voluptuosas, sino libertinas; las letras, convertidas en cortesanas del público, estudiaban el arte de agradar y buscaban la fortuna de un momento, el aplauso de los círculos. Propagóse el uso de los espejos, distribuidos con voluptuoso artificio; porcelanas y curiosidades de las Indias llenaban las habitaciones; gustábase de olores, y se cultivaban también las flores para hacer gala de una sencillez que formaba un contraste chocante con la multitud de criados vestidos de escarlata y adornados de plumas y destinados á usos nada honestos. El arte supremo de éstos era conocer el blason y las libreas para saber á qué carrozas debían ceder el paso y sobre cuál debían tomarlo, esponiéndose á ser apaleados en la calle si pecaban por menos ó arrojados de la casa si pecaban por mas. Los lacayos, antes obligados á tocar cualquier instrumento en las horas de ocio, esperaban desocupados en las antecámaras hasta que llegase el momento de correr delante de los caballos de sus amos.

Por imitar á los ingleses se introdujo el té, estendiéndose también el uso del café, del chocolate y de los vinos de lujo con el nombre nuevo de *botellas*. Hicieronse los vestidos menos pesados y mas ajustados al cuerpo según la moda del Norte; acortáronse las pelucas, y aun muchos empezaron á presentarse sin mas que sus propios cabellos. Sin embargo, Franklin calculaba poco después que con los peluqueros habría podido la Francia formar un ejército, y con los polvos blancos mantenerlo. Los grandes dispendios arruinaban á las familias, obligándolas á cerrar los ojos en punto á sus pretensiones aristocráticas para enlazarse con ricos innobles, y abonar, como decían, con estiércol plebeyo sus tierras feudales. Ya Luis XIV había halagado al banquero Bernard; la aris-